

Los grandes reinados son carísimos. Israel no tenía industria ni comercio para pagar sus gastos. Salomón se veía obligado a pedir maderas, artífices y obreros a los tirios, que se aprovechaban de la necesidad que de ellos se tenía. A fines de su reinado, Salomón tuvo que dar a Hiram veinte poblaciones de Galilea al Oeste del lago Hulé, en la región llamada país de Cabul. Parece que a Hiram no le satisfizo mucho este pago.

En cualquier lugar abundaba el descontento: la oposición no solamente atacaba al gobierno de Salomón, sino hasta la misma monarquía, y se recordaban las funestas profecías de Samuel cuando se le pedía un rey. En Jerusalén la gente se limitaba a murmurar. Habían desaparecido los revolucionarios cabecillas del tiempo de David, como Abner y Joab. La monarquía absoluta había debilitado los caracteres y nadie se atrevía a levantar la bandera de rebelión. Pero el trabajo material todavía no había hecho su efecto embrutecedor. El espíritu de altivez e independencia vivía en las tribus del Norte. A Salomón le llamó la atención un vigoroso efraimita llamado Jeroboam, que era uno de los obreros que trabajaba en la construcción del *milló* y del muro de Jerusalén. Púsole al frente de los trabajadores de Efraím y de Manasés sin imaginar que en este día daba un jefe a los revoltosos. Los josefitas se quejaban mucho de estar sometidos a duros trabajos, útiles sólo a la gloria de Judá, y de un

rey que les era extraño. Jeroboam atizó el fuego latente y se dirigió hacia el Norte. En Silo se vio con el profeta Ahiah, que era muy enemigo de Salomón.

La rebelión todavía no había madurado, y Jeroboam no consiguió que surgiera una verdadera sublevación. Salomón quiso matarle, pero Jeroboam consiguió escapar a Egipto. Los profetas empezaron a levantar la voz. Ahiah de Silo no era indudablemente el único que aplaudía la próxima ruina de todos aquellos esplendores, y que profetizaba el pronto desquite de las tribus rurales.

El arma de Israel, el fundamento de su convicción moral, se veía atacada profundamente. Aquel esplendor exterior se obtenía aumentando sandeces. Se habían perdido la nobleza antigua y la altivez del hombre libre. Todos eran siervos. Había ricos, pero también había pobres. Iba a empezar la lucha eterna: desapareció la antigua fraternidad patriarcal. De la revolución verificada se había discernido que en Jerusalén había gran lujo, que millares de hombres lloraban en las canteras de Judá, en los bosques del Líbano y en las galeras del mar de Omán para dar a algunos privilegiados habitaciones cómodas y abastecer los almacenes de juguetes del harén.

Salomón falleció en medio de estos graves síntomas de disolución después de haber reinado como su padre unos cuarenta años. Fue enterrado junto a David en las grutas reales situadas al pie de los peñascos de Jerusalén.

Si el destino de Israel hubiera estado en la riqueza, el comercio, la industria y la vida profana, Salomón habría sido un fundador. Dio, efectivamente, vida material muy brillante a una nación pequeña que antes no había tenido existencia mundana. Pero de la obra de Salomón nada quedó después de él. De tribus todavía patriarcales quiso extraer sin transición una cultura semejantes a la de Sidón y Tiro. En el estado de civilización de entonces y sobre todo con las disposiciones morales del pueblo israelita, este derroche de lujo y capricho creó una terrible reacción. La memoria de Salomón fue odiosa para las tribus. Su harén fue objeto de amargas burlas, y en los diálogos de amor que se recitaban o cantaban en ciertas ocasiones, el asunto era siempre el mismo: Una muchacha de las tribus del Norte, encerrada por fuerza en el harén de Salomón, se obstinaba en su altivez, y a pesar de todas las seducciones del serrallo, se conservaba fiel a su amante, a su pueblo, a sus recuerdos de vida campestre. En estas escenas improvisadas se demostraba su entusiasmo por la pastora, y se maldecía al anciano libertino. Normalmente la heroína se llamaba Sulamit, y se ha podido ver en ese nombre una alusión a Abisag, la sunamita, famosa en los últimos tiempos de David y primeros de Salomón. Seguro es que el poema, escrito mucho más tarde y conocido con el nombre de *Cantar de los Cantares*, expresa los sentimientos malévolos del verdadero Israel, de costumbres sencillas, hacia un reinado cuyos gastos había pagado sin beneficio alguno.

El reinado de Salomón debe tenerse por un error en el conjunto de la historia de Israel. El término de aquella operación mal concertada fue

una terrible bancarrota. Pero en política no se pierde ninguna acción. Todo cuanto es grande produce tarde o temprano su beneficio. El hombre, para consolarse de su destino, necesita imaginarse en el pasado edades brillantes como fuegos artificiales que no duraron, pero que tuvieron maravillosos reflejos. A pesar de los anatemas de los profetas y los agravios de las tribus del Norte. Salomón dejó en una parte de su pueblo una admiración expresada, a los dos o tres siglos, por la historia semilegendaria que figura en el Libro de los Reyes.

La veracidad histórica que se entrevé detrás de estos relatos maravillosos, viene a ser la siguiente: Unos mil años antes de Jesucristo, reinó en una pequeña acrópolis de Siria un soberano inteligente llamado Salomón, libre de preocupaciones nacionales, pero desconocedor de la auténtica vocación de su raza; sabio según la opinión de su época, sin que pueda decirse que fuera superior en moralidad a los monarcas orientales de todos los tiempos. La inteligencia que realmente le caracterizaba, le valió un pronto renombre de ciencia y filosofía. Cada edad entendió esta ciencia y esta filosofía según la nota dominante, y Salomón fue, sucesivamente, parabolista, naturalista, escéptico, mágico, astrólogo, alquimista y cabalista.

Referente a los proverbios que se atribuyen a Salomón, sólo unos cuantos son de su época, y no por esto hay que atribuirlos a su obra personal. Tal vez sería el rey quien ordenase el coleccionarlos. Jamás persona alguna ha compuesto proverbios como obra seguida y de propósito deliberado. Los proverbios son obra del tiempo y del pensamiento colectivo. No solamente no tenemos ningún escrito de Salomón, sino que es muy probable que el sabio rey no supiese escribir. Nos lo figuramos más bien como una especie de califa de Bagdad, divertido por sus letrados que compilaban obras según sus ideas. Un soberano de *Las mil y una noches*, rodeado de cantores, cuentistas y gentes de talentos, con los que tomaba voluntariamente el acento de compañero y colaborador.

Los intentos de Salomón en lo concerniente al comercio y a la navegación fueron poco fecundos. El país producía poco y consumía casi todos sus productos. No tenía industria ni metales; sus trigos y aceites únicamente en Tiro se cotizaban. Además, la raza no poseía entonces aptitud alguna para las labores lucrativas. La inmensa mayoría, por principio religioso, quería permanecer en la antigua vida, poco favorable al desarrollo del hombre libre. Ya veremos más tarde renovarse en Judá las tentativas de navegación en el Mar Rojo por Josafat. La casa de Achab tratará de volver a las costumbres de lujo y de vida tiria, pero todo se estrellará contra los instintos profundos del pueblo de Jehová. Aquel pueblo tenía una misión, y hasta que la cumplió nada le distrajo.

Lo curioso es que este Salomón, tan poco acorde con el alma de Israel en los tiempos antiguos, ha resultado luego la completa personificación del espíritu hebreo, tal como lo han conocido los siglos modernos. Cuando Israel terminó, o poco menos, el ciclo de su período religioso, cuando el partido epicúreo o gozador (que siempre existió en aquel pueblo junto al exaltado por la justicia y la dicha de la humanidad) recobró

la palabra, fue vengado Salomón de las injurias echadas contra él por profetas y pietistas. El destino de los grandes hombres es ser tenidos sucesivamente por locos y por sabios. La gloria consiste en ser uno de aquellos que escoge la humanidad para amarlos y para odiarlos.